

sin duda, de una doble juventud, la suya individual y la del continente a que pertenecen, es algo más que un Club estudiantil para jugar al tute. Es tal vez el órgano más eficaz y rico en gérmenes culturales con que cuenta hoy la idea hispánica.

Algunas palabras más aún. La Federación Universitaria Hispanoamericana, circunscribiéndose a cuestiones específicas de enseñanza, tiene en estudio algunas de extraordinario valor para el acercamiento espiritual de España y América. Entre otras, se propone solicitar de todos los Estados hispanoamericanos que en sus escuelas y universidades se enseñe la lengua española, la geografía americana y la historia común a América y España según textos uniformes. Si esto se lograra, no hay duda que desaparecerían muchos prejuicios y errores históricos, que se colaboraría a la conservación del idioma común y que se iría formando en las juventudes hispanoamericanas una espiritualidad homogénea. También proyectan pedir que los títulos de competencia en ciertas disciplinas científicas universales, como la Medicina, o en determinadas especialidades nacidas de la cultura grecorromana, como la historia general del Derecho, de la Filosofía, etc., sean válidos para todos los países de lenguas hispánicas (española y portuguesa).

Pero para plantear y definir todos estos grandes problemas de aproximación por la cultura quieren previamente convocar a un Congreso de estudiantes hispanoamericanos (de España y de todas las Repúblicas hispánicas) en Madrid, antes de que Francia se nos anticipe con otro Congreso de estudiantes latinoamericanos, y ya se sabe lo que esta engañosa palabra representa. Mal harían los poderes públicos de aquí y de allá, de éste y del otro lado del Atlántico, en no acoger los tenaces esfuerzos de la Federación Universitaria Hispanoamericana con la calurosa simpatía y la práctica eficiencia de que son merecedores. La antorcha del hispanismo está ahora en manos de la juventud universitaria. Sería trágico que nuestra indiferencia, el reverso de la incompreensión, la dejase apagar, tal vez para siempre.

Y ahora vengamos a la petición hecha al Presidente del Perú. La Federación Universitaria Hispanoamericana solicita del señor Leguía que «con motivo del centenario de Ayacucho, levante el destierro a los estudiantes peruanos que por motivos políticos lo sufren. Si las fiestas conmemorativas de Ayacucho han de ser las de la libertad, y si en ellas han de tomar participación todos los hispanoamericanos y particularmente todos los peruanos, que no falten, excelentísimo señor, estos hermanos nuestros de juventud que aman a su patria con el ardor con que todos sabemos amar a la nuestra». En este mismo noble espíritu se inspiró, sin duda, *El Sol* cuando, semanas atrás, fué el primero de los periódicos españoles en pedir al Gobierno del Perú que devolviese la libertad o el derecho de repatriación a cuantos peruanos están privados de ellos por motivos políticos. (1) Esa sería la conmemoración más digna y consonante con el sentido de la batalla de Ayacucho.

Poco a poco se ha ido depurando la significación ideal de las guerras de la independencia americana. El concepto de guerras contra un invasor extranjero,

que era España, fué evolucionando a un concepto de guerras civiles, o sea de guerras sostenidas entre hombres de la misma formación histórica. Pero tampoco este concepto es aún bastante preciso, porque una guerra civil se define por el parentesco histórico de los beligerantes, sin que en su característica entre ninguna distinción de finalidad. Una guerra civil pueden provocarla pretendientes rivales al Poder, antagónicos en sus ambiciones, pero idénticos en cuanto a su carencia de todo ideal político. No fueron de ese linaje las guerras americanas de la independencia; por eso la calificación de civiles es todavía demasiado elástica. En todo caso, habría que definir las como guerras civiles revolucionarias o simplemente revolucionarias, porque en ellas combatían de un lado los ideales de libertad y democracia, que triunfaron con la Revolución francesa y antes con la Constitución de los Estados Unidos, y de otro el autoritarismo histórico.

En Ayacucho no vencen los americanos a los españoles, sino unos españoles o descendientes de españoles que profesaban las nuevas ideas políticas de democracia y libertad a otros españoles que defendían el absolutismo de Fernando VII. Los propiamente americanos, los indios, combatieron casi siempre junto a la autocracia, en una función parecida a las tropas coloniales de algunos Estados europeos del día. La independencia de la América hispánica fué, sobre todo, una revolución política, como la independencia de los Estados Unidos. Y en Ayacucho, con la derrota del absolutismo, culminó ese proceso revolucionario.

Pero una revolución no se hace en un momento, y menos podía hacerse así la de América por la enorme extensión territorial en que operaba y por la gran cantidad de países que intervenía. Los pueblos americanos continúan su revolución por la libertad y la democracia; en unos ha triunfado definitivamente; en otros se ha impuesto de momento la contrarrevolución, la autocracia, como en Venezuela. Todavía hay muchos Ayacuchos que ganar. ¿Cree el señor Leguía, Presidente del Perú, que ya está ganado del todo en la República que rige? ¡Ojalá! Pero la carta de la Federación Universitaria Hispanoamericana es harto elocuente y nada sospechosa. Atiéndala y tejerá la mejor corona del centenario. Que la mayor parte de América, ya que no toda, pueda celebrarlo sin escarnio para los vencedores de aquella revolución.

LUIS ARAQUISTAIN

(*El Sol*, Madrid).



(1) Véase el editorial *A lo que obliga Ayacucho*, REPERTORIO AMERICANO No. 14 del tomo en curso.